

DETRÁS DEL CARTEL

escrito por:

Andrea Treszczan Azar y David Esteban Cubero

tratamiento para un Guión Cinematográfico
versión 2

Andrea Treszczan Azar
bailaora@gmail.com
David Esteban Cubero
davo@davidestebancubero.com

Esta es una historia de ficción, aunque para su creación se haya recurrido a algunos hechos reales.

Madrid, otoño 2011. Juan, español, 64 años, es profesor de matemáticas de un colegio privado, Monte Blanco. En clase, plantea un problema a sus alumnos. "Hay diez presos colocados en fila, a cada uno se le pone un sombrero en la cabeza, blanco o negro. Un guardián irá preguntando uno a uno de qué color es su sombrero. Si acierta es liberado, si falla es ejecutado. Los presidiarios pueden planear una estrategia previa para salvar al mayor número de reos". Los alumnos, varones de 15 años, intentan resolver el problema. Uno de los jóvenes, Prieto, alega que no está dispuesto a salvar a presos, mejor que los maten, algo habrán hecho. Juan se acerca a su pupitre y le da un manotazo a sus cosas tirándolas al suelo, le dice que no se burle de las matemáticas.

Juan ordena pasar a un alumno, para que explique su solución, y escoge a diez jóvenes, entre ellos Prieto, para que formen una fila. Para el asombro de sus alumnos, Juan saca de una bolsa varios sombreros y se los coloca en la cabeza, sin que ellos vean el color. El alumno elegido explica su solución al resto de compañeros. Juan, a modo de guardián, pregunta uno a uno qué color de gorro tiene, empezando por el último de la fila. Cuando un joven no acierta su color, Juan le dice que está muerto, que se tire al suelo. Juan llega hasta el primero de la fila, Prieto, que no acierta. Está muerto y debe tirarse al suelo. El joven se niega y lanza el sombrero al aire. Juan lo echa de clase y éste obedece murmurando. Quedan cuatro alumnos tirados en el suelo y Juan le reprocha al estudiante que resolvió el problema, que no ha sido capaz de salvarlos.

A la salida del colegio Monte Blanco, Alfonso, 60 años, traje impecable, espera en un lujoso coche a su hermano Juan, que llega fumando. Alfonso arranca con velocidad y le pide que tire el cigarrillo. ¿Sabe su médico que sigue con el tabaco? Juan apaga el cigarrillo. En el camino se cruzan con una manifestación de los indignados del "15 M". Alfonso los insulta, son unos parásitos que no quieren trabajar. Juan cruza la mirada con uno de los manifestantes que lleva una pancarta: "No hay pan para tanto chorizo". Llegan a un barrio lujoso y Alfonso aparca. Le llama la atención a su hermano por no llevar corbata. Él saca una del bolsillo y se la pone con desgana.

Juan y Alfonso entran a una Galería de Arte. La dueña es Pilar, 52 años, la esposa de Juan. Se queja porque tardaron mucho en llegar y Alfonso le echa la culpa a la manifestación. Recorren la exposición de cuadros, óleos de boxeo infantil con niños golpeándose con violencia y brutalidad. Alfonso está encantado, Juan sólo observa. Pilar

lo presiona para que diga algo y él le pregunta si se va a quedar mucho tiempo porque se quiere marchar. Llega la hija de Juan y Pilar, Anamari, 21 años, viene acompañada con un amigo y lleva una pancarta enrollada. Pilar la regaña por su aspecto, tendría que haberse arreglado un poco. Anamari no hace caso.

Juan sale a la calle, su hija y su amigo están fumando un porro. Juan se queda fumando a unos pasos de distancia de ellos. Al ver a Juan, el amigo de Anamari esconde el porro, pero ésta se lo quita y lo fuma con descaro. Anamari agarra la pancarta y la despliega, mostrándosela a Juan a lo lejos: "Si no nos dejáis soñar no os dejaremos dormir".

Pilar está conduciendo el coche familiar, a su lado Juan fuma y detrás Anamari con los ojos rojos. Pilar le pide a Juan que por favor apague el cigarrillo, no debería fumar. Éste apaga el cigarrillo con desgana. Ella reprende a los dos otra vez porque llegaron tarde y estuvieron ausentes en toda la exposición. Ellos no contestan. Pilar insiste con el tema hasta que Anamari le dice que le parece fatal que usen a niños para boxear... hubiera preferido ver a banqueros pegándose entre sí. Juan esboza una sonrisa.

Unas horas antes...

Fran, español, 35 años, y Clara, uruguaya, 31 años, esperan sentados en la barra de un bar en Madrid. A Fran le sigue sorprendiendo que José Mujica, un guerrillero que pasó trece años en la cárcel durante la dictadura uruguaya, sea el actual presidente de ese país, y que varios de sus compañeros de aquella época ocupen altos cargos en ministerios. Clara le avisa que sea delicado con el hombre al que esperan.

Juan entra al bar, saluda al camarero y se sienta en una mesa. El camarero avisa a Fran y Clara que ese es el hombre al que están esperando. Ellos se acercan a Juan, se presentan y le piden permiso para sentarse con él. Fueron a buscarle al colegio y allí les dijeron que estaría en el bar a la hora del descanso. Le entregan una tarjeta personal y le explican que trabajan juntos haciendo cómics, Clara hace los textos y Fran dibuja. Ya han hecho dos: "*William Rodríguez, el último superviviente del 11-S*", y "*Behjat*", sobre una mujer en la guerra de Afganistan. Clara le regala los dos libros. Quieren hablar con él porque intentan hacer un cómic sobre la dictadura uruguaya y se están documentando. Fran quiere centrarse en dos temas, la cárcel y la tortura. Juan pregunta nervioso quién les ha dado su nombre. Fran le informa que vieron en Internet un artículo con una entrevista que le hicieron cuando regresó a España, después de haber estado preso en Uruguay. Juan no habla de eso. Le pregunta a Clara de qué barrio de Montevideo es.

Ella le contesta que de Pocitos. Juan conoció muchos barrios cuando estaba clandestino. Fran insiste quiere saber más de esa época. Juan está alterado, nunca le contó a nadie y nunca nadie le preguntó, hace 25 años que no habla del tema. Se levanta y se va.

Juan camina por la calle perturbado por el encuentro con Fran y Clara. Va fumando compulsivamente. Se detiene en una tienda de disfraces y se queda mirando un escaparate lleno de sombreros blancos y negros.

Esa misma noche, en su habitación, Juan está despierto en la cama, la respiración agitada. A su lado Pilar duerme. Juan se levanta y sale de la habitación. En su despacho, Juan da vueltas a un escritorio y fuma sin parar. Cierra la puerta con llave. Se sienta, se pone de pie, se acuesta en el suelo... En su cabeza escucha gritos y golpes, transpira, la respiración se acelera... Al final se levanta y escribe en el ordenador compulsivamente.

En la mesa del salón de su casa, Fran dibuja algunos bocetos de Juan... la cara, las manos, los ojos. Clara le comenta que es normal que no quiera hablar, la gente que ha sufrido la dictadura no habla "así nomás", además ha tenido poca delicadeza al preguntarle directamente por la tortura. Fran quiere conocer a alguien que haya estado preso, que haya sufrido la cárcel, si no es Juan habrá que conseguirse a otro. Ella se enoja porque él no entiende nada, lo trata de frívolo, opina que su único interés es encontrar a un protagonista, un héroe para el cómic. Suena el teléfono de Clara, es su madre que llama desde Uruguay. Ella no quiere contestar, está cansada. Fran la anima a que hable con su madre. Clara se niega, es tarde y se va a ir a su casa. Fran le ofrece quedarse a dormir en la habitación de invitados.

Fran continúa dibujando, recibe un correo electrónico en su teléfono y corre a la habitación donde duerme Clara. Ha llegado un mail de Juan, se lo enseña y lo leen. Se escucha la voz de Juan: "No me puedo dormir... me habéis jodido bien. Estoy hecho polvo. Los milicos iban a mi celda y me decían, chupo, morfo y cojo y tú aquí jodido. Me cojo a tu mujer y le gusta, sabes, le gusta. Tupamaro de mierda, si queremos te podemos volver loco en dos semanas. No sé que hora es ni que día, estoy a 800 pasos de ti. Te machacaron por mi culpa, por mi jodida culpa, Esther, mi amor. No tengo aire en los pulmones, me cago encima, me meo. "El Angelito" me mira pero yo no lo veo. ¿Sabéis que durante años no pude dormir sin pensar en cómo cortarle el cuello a ese hijo de puta con una gillette?... me habéis jodido bien". Clara y Fran están conmocionados. Fran repasa el mail y le pregunta qué significa "chupo, morfo y cojo". Clara le explica que es "bebo, como y follo". Él quiere contestarle, está claro que Juan necesita hablar. Ella piensa que es un tema delicado

como para contestar por mail, tienen que encontrar otra manera de llegar a él.

En el colegio Monte Blanco, Juan está dando clase, lo interrumpe un bedel que le informa que al finalizar se pase por el despacho del Director. Suena el timbre, Juan agarra sus cosas y sale. Entra a una habitación, cierra la puerta y se sienta. Detrás del escritorio está su hermano Alfonso, el director del colegio. Está enfadado, recibió la queja de un padre, le pregunta si ha pasado algo. Juan lo niega. Alfonso le recuerda que allí hay gente muy poderosa y que él es el director y tiene una imagen que mantener. Le pide que tenga más cuidado porque le costó mucho conseguirle un trabajo decente.

En la puerta del colegio Monte Blanco, Clara espera tomando mate. Juan sale y ella lo intercepta. Le ha traído los cómics que se dejó el otro día. Juan los acepta sin ganas y se queda observando el mate. Clara le ofrece uno y Juan acepta. Los dos se sientan en un muro, mirando los edificios que los rodean. Ella le cuenta que lo que más echa en falta en Madrid es la rambla de Montevideo, ese horizonte infinito en el que uno descansa la vista. Juan recuerda su llegada en barco a Uruguay, aquella bahía lo deslumbró, el pequeño Cerro con sus casitas y el puerto lleno de gente trabajando. Bajó del barco y recorrió la rambla a pie, desde el puerto hasta Pocitos, interminable y hermosa. Era diciembre y hacía mucho calor, se preguntó cómo sería pasar las navidades en verano. Para Clara es lo mejor... fin de año en la playa.

Mientras Pilar se prepara para salir de su casa, Juan está sentado en el sofá leyendo el cómic "Behjat" que le dio Clara. Pilar se acerca y le pregunta qué lee. Juan se lo muestra, lo han escrito dos chicos a los que vio el día anterior. Quieren entrevistarle para hacer un cómic sobre la tortura en la dictadura uruguaya. Pilar no está de acuerdo con recordar esa historia, no le va a servir de nada y le va a hacer muchísimo daño... no tiene ningún sentido. Juan no contesta. Pilar le aconseja serena que no lo haga, ella ya no tiene treinta años para curarle las heridas.

Fran y Clara entran a un bar. Al fondo Juan, sentado de espaldas a la pared, toma un coñac. Después de los saludos, Fran saca una grabadora, la enciende y le pregunta a Juan por dónde quiere empezar. Juan se apropia de la grabadora y es él quien comienza a interrogar. Les pregunta si son pareja. Fran se sorprende, Clara le sigue el juego y le contesta que son amigos desde hace tiempo y también pareja profesional. Fran aclara que él no es su tipo. Juan quiere saber qué les interesa de la cárcel y la tortura. Fran quiere hacer un cómic como denuncia social. Juan no le cree. Les habla del morbo que la tortura genera en la gente, del sadismo de la sociedad. El ser humano tiene un lado muy

oscuro y ese lado resulta atractivo. En tono hiriente afirma que Clara, como uruguaya, seguramente tendrá algún pariente que haya sufrido la dictadura, algún desaparecido, o quizás algún "milico" en la familia. Juan apunta con la grabadora a Clara y le pregunta por qué quiere hablar de ese tema. Clara casi tartamudeando cuenta que no tiene a nadie que le haya hablado de la dictadura, lo que sabe es a través de los libros. No tuvo padre y su madre nunca le quiso hablar de esos años.

Juan apaga la grabadora y cuenta que su madre sí le habló de la dictadura que vivieron en España durante cuarenta años, pero le dio una visión mutilada de la historia, la de los ganadores. En la universidad conoció la otra versión, la de los perdedores, esa fue la que más le gustó y se metió en los movimientos sociales de oposición al régimen de Franco. Estaba militando en un sindicato clandestino cuando le llegó la advertencia de que lo buscaban por comunista, era la excusa del sistema. Tuvo que escapar de España y por un conocido fue a parar a Uruguay. Allí encontró a un país en plena efervescencia y él ya tenía bien claro de qué lado quería jugar. Entró a formar parte de la guerrilla Tupamara, su nombre de guerra era Walter. Se lo puso en honor a un general polaco de las brigadas internacionales que lucharon en la Guerra Civil española. Años más tarde su madre conoció la otra parte de la historia, la de los perdedores...

Uruguay, Cuartel de la Paloma, 1975. Amparo, la madre de Juan, 55 años, está en una fila esperando ser revisada por mujeres militares para entrar a la cárcel a visitar a su hijo. Llega su turno, la militar le mete mano por todos lados buscando algo, le pide que abra la boca y que se abroche el botón de la camisa. Amparo ha perdido el botón, la militar la trata de gallega y le informa que así no puede ingresar. Ella le suplica, le dice que ha venido desde muy lejos. La guardia se niega y le ordena salir de la fila. Una mujer se acerca, le quita a Amparo el broche que lleva en la solapa y se lo coloca en el cuello a modo de botón, cerrando el escote. Sorprendida, Amparo le agradece. Pasa otra vez por la militar, que la vuelve a manosear y la deja entrar.

En una celda, Juan, 28 años, rapado, esquelético y sucio, lleva el número 800 cosido en un mameluco gris. Está sentado en el suelo, haciendo un dibujo con restos de café en un pedazo de cartón. Pinta un rostro sin ojos. La puerta de la celda se abre, un militar le ordena que se ponga de pie y le encaja una capucha que le tapa la cabeza, lo esposó con las manos hacia atrás y lo saca a empujones.

En una esquina del patio de la cárcel, Amparo está sentada junto a dos militares, cada uno lleva un perro pastor alemán. Juan es arrastrado hasta su madre y le quitan la capucha. Los dos se miran a los ojos sin decir nada, entre

ellos un perro jadea sin parar. Amparo le pregunta si está pasando frío y Juan niega con la cabeza. Ella se fija en las muñecas de su hijo, tienen quemaduras de cigarro. Juan se da cuenta y se baja las mangas del mameluco. La conversación es escasa, el jadeo de los perros es el protagonista.

Juan les explica a Fran y Clara que ese broche fue una de las joyas que su madre tuvo que empeñar para costearse los viajes que hacía una vez al año. Su madre se lo recriminó a su vuelta a España y cuando ella falleció, quedó su hermano de responsable para continuar con el reproche. Lo único que tenía Juan en Uruguay eran sus compañeros tupamaros y estaban todos presos. El "lagarto Pazos", el "Maestro Sosa", el "Cabeza López"... de ellos aprendió una lección de vida, eran revolucionarios de alma, generosos, daban todo por la lucha social hasta la muerte y nunca tendrán un reconocimiento ni saldrán en los periódicos. El Cabeza López era un gran amigo que estaba en la celda de al lado. Todas las noches le reventaban con bastones de madera la puerta y no lo dejaban dormir. Una de las tantas órdenes miserables del Angelito. Los milicos se encapricharon con él, se lo pasaban de uno en uno, estaban obsesionados, le daban hasta dejarlo inconsciente. Pero El Cabeza nunca se quejaba, seguía su lucha adentro de la cárcel tirando de todos ellos, animándolos para que no se hundieran. La fuerza de espíritu que tiene el ser humano es infinita. Un mes después de recobrar la libertad se suicidó, se mantuvo vivo por todos ellos. Juan estaba en la celda de al lado y hasta el día de hoy, a veces escucha los golpes en la puerta de El Cabeza. Eso también es tortura, no dejar dormir durante diez años. Los tres están emocionados, en silencio, hasta que Clara pregunta quién es Esther. Juan saca un cigarrillo, se lo pone en la boca, los mira fijo y se levanta. Saca un billete, lo deja sobre la mesa y se va.

Sobre un corcho hay pinchadas fotografías con varias caras de revolucionarios famosos. En el salón de su casa, Fran dibuja el rostro del protagonista del cómic, mezclando gestos y expresiones de El Che, Zapata, Castro de joven, Walesa... Clara mientras toma apuntes en su libreta, habla de la personalidad de Juan: es idealista, violento, fuma mucho y un poco paranoico, se sienta siempre de espaldas a la pared y mirando a la puerta. Ella sabe que muchos de los tupamaros han matado a militares, a miembros del Escuadrón de la Muerte, ellos decían que eran ajusticiamientos ... se pregunta si Juan habrá matado a alguien.

Fran está entusiasmado, ya tienen al protagonista de su cómic y es de carne y hueso. Un hombre que pasó por la dictadura, por los horrores más atroces y sobrevivió... es la historia de un héroe. Propone que el nombre del cómic sea "Walter", que es como lo llamaban en la clandestinidad a Juan. A Clara se le ocurre una forma de actualizar el

relato. Propone que la historia del cómic sea lo que les está pasando a ellos. Dos guionistas que contactan con un hombre que sufrió la dictadura porque quieren contar su historia... pero para hacer una película. A Fran le encanta la idea, le pregunta a Clara cómo le hubieran llamado si hubiera sido chico. Ella contesta que Andrés. A él le hubieran llamado Sofía. Propone que los nombres de los personajes guionistas sean esos: Andrés y Sofía.

Clara envía un mail a Juan contándole que quieren crear una historia de dos guionistas que escriben una película sobre un tupamaro. Se llamará Walter y los guionistas Sofía y Andrés, "esos serán sus nombres de guerra". Fran hace bocetos de Sofía y Andrés, lo picha en su corcho. Clara se pregunta por la historia de Esther. ¿Era uruguaya? ¿Era guerrillera o la apresaron sólo para castigar a Juan? ¿Estuvo también trece años presa? ¿Vino después a España con él o cómo terminó su relación? A Clara le encantaría saber más pero piensa que es mejor no preguntar a Juan, para no molestarlo, y que sea él quien hable cuando quiera.

En el despacho de su casa, Juan sentado frente a su ordenador, termina de leer el mail que han enviado Fran y Clara. Está muy nervioso, fuma sin parar. Busca algo en "Google", lo encuentra y marca en su teléfono móvil. Se levanta tenso y escucha una voz femenina "Hola, ¿quién habla?". Juan está afectado, no puede decir nada. Ella continúa preguntando, pero Juan permanece mudo. La mujer cuelga y Juan está temblando.

En el salón de la casa de Fran, Clara lee el libro "Memorias del calabozo" mientras Fran dibuja. Sobre la mesa hay varios bocetos: Sofía y Walter toman mate sentados en un muro, Walter con una grabadora en la mano pregunta a Sofía y Andrés, una señora camina por el patio de una cárcel rodeada de militares con perros... Fran pinta a Walter sentado en el catre de su celda. Tiene quemaduras de cigarro en sus antebrazos y está fumando. De repente suena un mensaje en el teléfono de Fran. Es un mail de Juan: "¿De dónde habéis sacado el nombre de Sofía? Habéis invadido mi vida privada sin mi permiso y la habéis convertido en un reality show. Sofía era el nombre de guerra de Esther, ¿habéis hablado con ella? Esto no es lo que habíamos acordado, dejadme en paz."

Clara y Fran no se lo pueden creer, una absurda coincidencia de nombres ha provocado un ataque paranoico de Juan. Fran piensa en contestar rápido para deshacer la confusión y continuar el proyecto. Clara imagina el dolor de Juan y se sigue preguntando por lo que pasó entre él y Esther. Deciden aclararlo escribiendo otro mail.

En el colegio, Juan está escribiendo en la pizarra una cuenta matemática, le dice a los alumnos que tienen veinte

minutos para resolverla. El alumno Prieto levanta la mano, le pide a Juan que se acerque que tiene una duda, Juan se aproxima hasta él. Prieto saca un cubo de agua, lo apoya en el pupitre y con brutalidad le agarra la cabeza a Juan y se la mete dentro. Dos alumnos más lo ayudan, Juan forcejea, trata de salirse pero no puede. Una y otra vez los alumnos le meten y sacan la cabeza del cubo, algunos lo patean. Juan escupe, tose, no puede respirar. Los demás alumnos se ríen. Prieto insulta a Juan, lo trata de viejo hijo de puta... Juan abre los ojos sobresaltado, ha tenido una pesadilla. Está en su habitación tumbado en la cama, tose y tiene arcadas. Pilar se despierta, enciende la luz y le pregunta si ha vuelto a tener un mal sueño. Se acerca a Juan y lo abraza, le hace respirar profundo, le masajea la cabeza y lo calma. Juan le da las gracias.

Fran y Clara esperan tensos en silencio en una tetería árabe de Lavapiés. Aparece Juan, les saluda y se sienta mirando a la puerta. Propone buscar una terraza para poder fumar, pero Fran plantea pedir una "cachimba" y fumar ahí mismo. Juan se disculpa por el malentendido de los nombres, tiene caídas paranoicas fruto de aquellos años llenos de guerra. Nadie pasa por el infierno sin quemarse. El tema de Esther fue especialmente duro, a ella asocia los mejores y peores momentos de su vida. Su relación fue algo mágico, como si estuvieran predestinados. Todavía recuerda el momento en que la conoció. La policía lo buscaba y los compañeros tupamaros le prepararon una vida clandestina...

Corre el año 1972 en la ciudad de Montevideo. Juan entra a una casa del barrio de Pocitos y Esther lo recibe a la puerta con efusividad, pese a no conocerse. Tras las presentaciones, ella le explica en qué consistirá su vida clandestina: tendrán que vivir juntos fingiendo que son pareja y llevar un kiosco vendiendo revistas y golosinas desde la ventana de la casa. Así aprovecharán para hacer contactos y pasar información a los miembros de la organización.

A la noche, Esther y Juan aprovechan para conocerse mejor junto a unos mates. Ella toma un mate tras otro sin parar y él, aunque al principio le sabe muy amargo, se va acostumbrando. Juan habla de su infancia en Valladolid y de la familia burguesa en la que se crió con opulencia. Cuando entró a la Facultad de Arquitectura conoció otra realidad, jóvenes militando por sus ideales que desafiaban la censura y la represión. Para él la carrera se transformó en algo secundario, la lucha pasó a ser lo primero. Lo dejó todo y se fue a vivir a un barrio obrero de Madrid. Allí trabajó en la construcción y también ayudó en la alfabetización de adultos. Esther se crió en una carpintería, donde conoció de primera mano las diferencias de clase de Uruguay. Empezó a militar en organizaciones sociales en la Facultad de Derecho

y de allí se pasó a los tupamaros, era la vía rápida para la revolución socialista que Uruguay necesitaba. Juan es partidario de llegar al cambio a través de la ideología, pero poco a poco se da cuenta que sólo con eso no alcanza... él no quisiera el día de mañana mancharse de sangre, prefiere creer que la mejor arma son las ideas. A Esther también le gustaría creer en ello, pero es una utopía. Sólo hay que ver el ejemplo de Cuba, sin armas no hay revolución. Además la situación está cada vez más complicada, EE.UU. está ayudando a la represión en todos los países de América Latina. Tras la conversación, los dos se acuestan en la única cama de la casa y se dan las buenas noches con falsa frialdad. Juan se siente protegido, todo es falso pero a él le gusta pensar que eso podría ser realidad.

La vida en la clandestinidad transcurre con normalidad, ellos fingen de cara al público que son una joven pareja que saca adelante su negocio, mientras intercambian información y armas con diferentes contactos de la organización. Una noche, después de sus charlas ideológicas y confesiones llenas de mate, el deseo de Juan se cumple. Aquella mujer ya no es más una extraña y pasa a ser su compañera, su gran amor. Abrazados en la cama, Esther le tararea a Juan al oído una canción de cuna que le cantaba su abuelo judío: "tum bala tum bala tum balalaika, tum bala, tum bala, tum balalaika..." Juan se siente feliz.

Juan y Esther reciben un encargo, acudir a una casa cercana a la cárcel de Punta Carretas con la furgoneta que tienen para repartir los periódicos. Esa noche, llegan hasta un garaje y esperan en el vehículo mientras varios hombres van subiendo. Los llevan hasta otro local clandestino y allí los dejan. Al llegar a casa y encender la radio, comprenden que han colaborado con la mayor fuga de la historia: más de cien tupamaros se han escapado del Penal de Punta Carretas por un túnel sin utilizar la violencia. Se sienten invencibles, le han dado la libertad a todos los tupamaros que la policía había agarrado en los últimos cuatro años... ya nada ni nadie puede detenerlos.

Después de la fuga, la lucha contra los tupamaros deja de ser sólo cuestión de la policía y el ejército se suma a la represión. Juan y Esther hacen oficial su amor dentro de la organización y deciden casarse en la clandestinidad. En un local se reúnen varios compañeros para ejercer de testigos de la ceremonia. De repente, avisan que los milicos están rodeando la casa y todos corren a esconderse en un "berretín", habitación oculta tras un armario. Los milicos registran la casa con violencia. Ante la inminente captura, Juan temblando saca de su bolsillo un par de anillos, toma la mano de Esther y le pone uno. Esther le coloca el otro susurrándole al oído "hasta que la muerte nos separe".

Después de una buena calada de cachimba, Juan les aclara a Fran y Clara que los milicos no encontraron el "berretín" y se libraron de la captura. Los tres están alterados por las cervezas y la fumada y el clima de relajación es roto por el sonido del teléfono de Juan, que mira el número en su pantalla y lo apaga. Clara le pregunta cuánto tiempo lleva sin ver a Esther. Juan cuenta en voz alta: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho... hace una pausa, da una calada a la cachimba, y continúa contando, nueve, diez... hasta 25... 25 años. Aunque eso no es lo peor. Lo más duro es pensar que es incapaz de volver a verla.

Pilar y Anamari están leyendo en el salón de la casa, entra Juan de la calle. Pilar le pregunta por qué no atendió su llamada, lo estaban esperando para cenar. Juan estuvo con los chicos del cómic, está cansado y se quiere ir a dormir. Pilar se sobresalta, le recuerda que le dijo que no iba a aceptar hacerlo. Anamari quiere saber de qué están hablando. Pilar le aclara que su padre va a prestar su pasado en la cárcel para que dos desconocidos hagan dibujos animados. Anamari se alegra, comprará el cómic para enterarse un poco más de la vida de su padre. Pilar opina que si supiera todo lo que ha hecho, quizás no estaría tan orgullosa. Juan se despide, Pilar y Anamari continúan discutiendo.

Pilar en su despacho, busca en lo alto de un armario. Saca una caja llena de papeles, de ellos elige un sobre y se lo lleva. En la habitación, Juan está recostado y lee en la cama uno de los cómics que le dio Clara, "*William Rodríguez*". Pilar entra y se sienta junto a él. Lleva el sobre, lo abre y saca unos cartones con dibujos hechos con restos de café. Juan se pone nervioso. A Pilar le parece que puede enseñar esas pinturas que hizo en la cárcel a los chicos del cómic. Las pasa de una en una y las comenta con frivolidad, un rostro sin ojos, un niño que está llorando, una mujer desnuda arrodillada en un rincón... le pregunta si ya les ha hablado de aquella uruguaya, del amor de su vida. Juan observa los dibujos, hace 20 años que no los veía. Le hacían daño y pensaba que Pilar los había tirado. Reacciona y se enfurece, no entiende cómo se atreve a jugar con algo tan delicado. Ella rompe a llorar, lo abraza y le pide perdón, no quiere que nadie lo lastime otra vez. Toma los cartones y los mete en el sobre. Juan se lo arrebató, le pertenece. Se levanta y se va.

Juan entra a su despacho y cierra con llave. Abre el sobre y olfatea los dibujos. Saca el cartón que tiene pintada a una mujer desnuda en un rincón. Se detiene a mirarlo mientras enciende un cigarrillo. Una calada tras otra sin parar. Juan busca una nota en su escritorio y llama por teléfono. Con voz entrecortada pronuncia el nombre de Esther, del otro lado silencio... hasta que una voz de mujer dice: "¿Juan?". Él quiere hablar pero no le salen las palabras y cuelga.

Al día siguiente suena el timbre, Pilar abre la puerta y recibe a Alfonso, que busca a su hermano Juan. Está feliz, ha encontrado en un anticuario un broche que era de su madre, una de las joyas que empeñó para costear los viajes a Uruguay. Juan no está. Pilar le cuenta a Alfonso lo extraño que está su marido últimamente y le informa que hay dos jóvenes que quieren escribir un cómic sobre su vida en la cárcel. Alfonso le habla de las quejas en el colegio. Entra Juan y su hermano le muestra el broche de su madre. Él le da la enhorabuena, lástima que su madre ha muerto y no lo pueda lucir. Enfurecido, Alfonso lo empuja, no le bastó con joder a toda la familia que todavía sigue haciendo daño. Juan se violenta y responde con otro empujón. Pilar se mete en medio de los dos hermanos y los separa. Juan le grita que nunca pudo superar que su madre se haya gastado el dinero en ir a visitar a un preso. Alfonso se va enfadado, su hermano no ha cambiado, sigue igual que siempre. Juan, excitado, recupera la respiración. Pilar lo mira distante. Cuando se calma, ella se acerca. Juan levanta la cabeza, la mira a los ojos y le dice que se quiere separar. Pilar se queda paralizada.

Fran y Clara están en una "casa okupa" que tiene un bar, talleres y exposiciones. Fran hace fotografías con su teléfono móvil de la gente del lugar. Clara se cruza ante el objetivo involuntariamente. Fran mira la imagen que acaba de sacar y ve a Clara, sonrío y le toma fotos sin que se dé cuenta. Llega Juan, está sorprendido por el lugar. Fran aprovecha y dispara una autofoto de los tres. Sentados en una mesa, Juan relata el día de su captura. Había quedado con Esther para escaparse a Argentina, tenían pasaportes falsos y billetes de barco. Se iban a ir por un tiempo porque la cosa estaba "pesada". Juan mira a Clara cada vez que utiliza una palabra uruguaya. Lo último que le quedaba por hacer antes de irse de Uruguay era reunirse con su jefe de comando y con su sustituto para pasarles información y entregar su arma...

Uruguay, 1972. El encuentro es en una heladería. Sus compañeros ya lo están esperando, como de costumbre mirando hacia la puerta. A Juan no le queda otra que sentarse de espaldas. A los pocos minutos los milicos entran por puertas y ventanas y los rodean. Van cargados de armas como si estuvieran combatiendo contra un ejército. Juan saca su pistola del pantalón e intenta disparar, pero recibe un tiro en la pierna que lo derriba. Los milicos lo reducen y lo tiran al suelo junto a sus compañeros, los esposan y les encajan capuchas tapándoles la cabeza.

Juan cuenta a Fran y Clara que pasó por varios cuarteles hasta que terminó en el Penal de Libertad. "Es una de las contradicciones de Uruguay, poner una cárcel en un pueblo llamado Libertad". Clara le pregunta por Esther, ¿qué pasó con ella? Esther nunca se fue a Argentina, se quedó por él y

al tiempo la capturaron. Pero siguieron en contacto gracias a un método de códigos a través de libros que inventó él. Juan le pide un libro a Clara, que saca de su bolso. Lo primero es elegir un ejemplar específico de una edición concreta. Después una hoja determinada, por ejemplo la 70, un párrafo, el 5 y después se eligen letras anotando su colocación numérica desde el inicio del párrafo. Así se van componiendo palabras y se van armando frases, que se anotan en papelitos que se envuelven en plástico. Estas "pastillitas" van de boca en boca en las visitas hasta llegar al preso. Juan, turbado, confiesa que recibió un último mensaje de Esther pero que no pudo descifrarlo porque los milicos le habían quitado el libro. Todavía recuerda a la perfección la secuencia numérica. 495 764 864 072 732... Clara le pregunta por el mensaje. Juan nunca buscó el libro. Fran quiere saber qué título tiene... "Cuentos de amor, de locura y de muerte" de Horacio Quiroga. Una edición de 1940. En la cárcel hacían lo que querían con los presos. Un día dejaban un libro pero al otro día lo quitaban porque pensaban que era peligroso. Cada preso tenía su responsable. El suyo se apodaba "El Angelito". Lo supervisaba todo, era el dueño de su vida. Decidía cuando comía, cuando cagaba, cuando dormía y cuando lo torturaban. Juan detalla que tenía veintisiete años cuando cayó en "la cana", Clara le define a Fran que cana es cárcel. Juan tenía un cuerpo sano, fuerte, por eso pudo soportar la tortura. El físico se iba deteriorando poco a poco pero seguía aguantando, sin embargo él no quería resistir, prefería morir para que la pesadilla terminara...

Penal de Libertad, 1974. En su celda, Juan come y bebe con ansiedad. Se abre la puerta, entran El Angelito y su ayudante, que lo esposa y le pone la capucha. Lo llevan a empujones hasta una camioneta, lo trasladan a un cuartel y lo meten en una sala. La voz de Juan relata: "el lugar olía a orina, a sudor, a tabaco, a desinfectante. Había más presos, no los veía pero los escuchaba. Cuando El Angelito interrogaba, había que ser muy cauto por si te preguntaba por algo que él sabía. Todo el rato uno se negaba. Te pegaban, te reventaban, pero tu cabeza seguía funcionando. El Angelito le ordenaba a su ayudante que te metiera la cabeza en el "tacho", un balde con agua putrefacta, llena de mierda, vómitos, pelos. Pero no cantabas. Después al suelo y las patadas en el estómago y al final "el plantón". Te ponían con las piernas bien abiertas y te quedabas ahí de pie durante horas, si te caías te levantaban a golpes... así una y otra vez. Podía durar toda la noche. Los tobillos se hinchaban y perdías la sensibilidad, las muñecas te dolían muchísimo. Al lado tuyo había otros presos que estaban pasando por lo mismo. Escuchabas sus gritos que a veces te dolían más que una patada. Chillidos de mujeres, olor a sangre, a menstruación. Escuchabas todo lo que le preguntaban, lo que contestaban, los que aguantaban la

tortura hasta el final y los que cantaban. Sentías los gritos de los torturadores, sus insultos, sus denigraciones. Una habitación llena de miserias que pertenecen a la misma especie humana. El plantón terminaba y te llevaban otra vez a empujones a la celda. No eras el mismo, estabas aturdido, mojado, meado, hediondo. Te sacaban las esposas y te tiraban al suelo. Te acostabas en el catre sin fuerzas y te masajearas las muñecas hasta que te quedabas dormido. Al otro día venía El Angelito descansado, bien comido, estupendo. Se metía en la celda con una silla y se sentaba enfrente tuyo. Te preguntaba por España, te hablaba de fútbol, te ofrecía un cigarrillo. Te decía que anoche te habías portado muy mal, pero de inmediato cambiaba de tema y te contaba que tenía un hermano en Madrid que estudiaba derecho. Y uno tenía que olvidar quien era y así, de repente, estaba conversando con el tipo que la noche anterior casi te quitaba la vida. Antes de entrar en la cárcel no había probado un cigarrillo, ahora no puedo dejarlo".

En el salón, Fran y Clara trabajan en el cómic. En el corcho de la pared hay nuevos bocetos de Fran: un dibujo de Walter en un bar con Sofía y Andrés, en el "globo" de Walter se lee "1,2,3,4.... 25"; en otro dibujo aparece Walter joven en un calabozo con El Angelito fumando. Además Fran coloca varias fotografías relacionadas con la tortura. Desde grabados antiguos de la Inquisición española hasta las torturas de Abu Ghraib por soldados estadounidenses. Clara, mientras anota en su libreta, se pregunta cómo será la vida de El Angelito después de ejercer tanto horror, ¿se habrá arrepentido? Seguro que esos horrores lo acompañan toda la vida, él también estará quemado. A Fran le obsesionan los torturados, su resistencia al límite de la muerte con tal de no delatar a sus compañeros.

Fran busca una bolsa de tela, quiere vivir en carne propia la tortura y está dispuesto a ver cuánto es capaz de aguantar. Clara le pica, no resistirá nada, siempre fue un blandito. Fran se coloca la bolsa en la cabeza y se pone de pie frente a la pared. Mientras tanto, Clara busca en Internet información sobre la tortura. Encuentra el primer manual de torturas de la CIA, es de 1963, afirma que si el daño que se inflige a un detenido es desde el exterior puede darle más ganas de resistir. Pero si siente que se lo está haciendo él mismo, por ejemplo manteniendo una posición incómoda como hace Fran ahora, se perderá más rápido la motivación por aguantar. Clara busca también información de las torturas en Guantánamo y de las técnicas de aislamiento sensorial o de la ruptura del sueño. Es horroroso ver lo que un ser humano puede llegar a hacer a otro. Más tarde Clara encuentra una página de Internet con todos las personas que mataron los tupamaros. Mira uno a uno hasta que se encuentra con la foto de un militar y junto a ella el nombre de "Juan

Muñoz". Clara llama a Fran, ha encontrado una página web que acusa a Juan de haber matado a un hombre. Fran está inmóvil sigue concentrado con la capucha sin decir nada. Ella se levanta, se pone junto a él y le repite la noticia, es posible que Juan haya matado a una persona. Clara duda de que Juan sepa que su nombre está en Internet asociado a un asesinato pero... ¿será cierto? Clara propone preguntárselo a Juan en la próxima reunión. Fran sigue sin contestar y Clara se enfada. Le pide que lo deje, está frivolisando el tema y no tiene que demostrar nada. Pero él se mantiene inmóvil en su "plantón", intentando sentir lo que sufre un torturado.

Suena el teléfono móvil de Clara, es Lilian, su madre. Después de dudar, Clara contesta. Mantienen una conversación distante, llena de tópicos, muy fría para llevar tres años sin verse. Lilian le pregunta por su vida sentimental. Clara miente, está saliendo con alguien pero no le da muchos detalles. Más tarde, Clara está dormida en el sofá. Al despertar ve que Fran está sentado en el suelo con la capucha puesta. Se acerca a él y escucha un sollozo. Se da cuenta de que se ha meado encima. Clara le quita la capucha. Fran está llorando. Clara lo abraza y le da un beso en el cuello.

Fran y Clara esperan en una cafetería. Fran está ojeroso. Pilar entra en el bar y se sienta en su mesa. Confirma con ellos que son Fran y Clara y se presenta como la mujer de Juan. Ella se hizo pasar por su marido y les envió el mensaje para el encuentro, él no sabe nada, ni debe saberlo. Les pide que lo dejen en paz. Sufrió mucho en la cárcel y recordar todo aquello le está trastornando. Fran se defiende, Juan ya es mayor para saber lo que debe hacer. Pilar saca unos papeles de un sobre y se los muestra, son pruebas médicas de Juan. Tiene un aneurisma en la aorta y ha empeorado. Sufre un serio riesgo de infarto y todos los dramas que está reviviendo no lo ayudan nada. Necesita tranquilidad, no emociones fuertes. Pilar se despide de ellos, espera que entiendan que la salud de Juan está por encima de todo.

Fran y Clara no saben qué hacer tras la amenaza de Pilar, todo su trabajo se va a la basura. Clara dice que la historia sin Juan ya no funciona. Fran se queda pensativo... no está dispuesto a tirar a la basura todo el material que han estado recopilado, si hasta se puso una capucha. Se le ocurre algo, si se acaba una fuente de información hay que buscar otras y qué mejor lugar para eso que Uruguay. Podrían viajar allí para seguir investigando y buscar más testimonios. También pueden seguir indagando sobre Walter, porque a Clara le interesa saber qué pasó con Esther y por qué terminó su historia de amor. Fran piensa quedarse en casa de la madre de Clara, es una buena oportunidad de que

se reencuentren después de tres años. En broma le dice que para ser sudaca es poco "apegada a su mamá". A Clara no le gusta la idea, se enoja con Fran por meterse en su vida y en temas que no conoce. Fran insiste, su madre está sola en Uruguay y ella es lo único que tiene. Clara explota, se levanta y le grita que no tiene ni puta idea de lo que hay entre su madre y ella. La gente del bar la mira y ella se sienta y habla en voz baja. Su madre tiene lo que se merece, es una experta en guardarse información. Fran quiere saber a qué se refiere. Clara le dice que tiene que ver con su padre, pero no tiene ganas de contarle ahora.

En su habitación, Anamari estudia una asignatura de la carrera de Matemáticas. Juan entra y le pregunta por el curso, ella le contesta con frialdad. Juan nota a su hija distante. Anamari ya sabe que quiere separarse de su madre y no entiende por qué. Le recrimina a su padre ser la última en enterarse de las cosas en su familia. Ya no es una niña, no pueden seguir tratándola así. Lo trata de hombre frío y distante. Juan le confiesa que lleva un tiempo mal con su madre y que piensa que es lo mejor para todos. Se disculpa por no haberle dicho nada antes. Ella ha visto a su madre llorar varias veces, cree que no se merece que la trate mal. Juan está de acuerdo, por eso mismo quiere el divorcio, cuando las cosas no siguen funcionando hay que decir basta. Su madre es alguien muy importante en su vida. Cuando llegó de Uruguay estaba perdido, destrozado, y ella lo ayudó a empezar de nuevo. La persona que es ahora, se lo debe a ella. Pero las cosas han ido cambiando y necesita espacio. Anamari deja sus libros, ha quedado con unos amigos para ir a una manifestación. La policía va a desalojar a una familia que no puede pagar la hipoteca y ellos van a intentar impedirlo. Juan quiere acompañarla, en la época de Franco no pudo manifestarse y se quedó con las ganas. Anamari acepta con una condición que se cambie el pantalón de vestir y se ponga vaqueros.

Juan y Anamari están sentados en la puerta de una casa junto a más jóvenes. Agarrados de los brazos, gritan: "¡Techo para todos!". Algunos llevan pancartas: "No más desahucios", "El techo es un derecho". Juan grita eufórico junto a su hija. Le suena su teléfono móvil, lo atiende pero no escucha bien. Es Fran, que le cuenta que se van a Uruguay a seguir allí con el proyecto del cómic. Juan quiere saber si pasó algo, hay interferencias, le dice que después lo llama. Se guarda el teléfono, parece desorientado con la noticia. Llega la policía y empieza a dar porrazos. Juan y Anamari se cubren con sus brazos y se levantan. Juan está excitado, se siente joven, insulta a los policías y se ensaña con uno de ellos, empujando con todas sus fuerzas al escudo que lo protege. Hace un enorme esfuerzo físico que lo destroza. Siente las palpitaciones de su corazón en la cabeza, que cada vez van más rápidas, hasta que de repente todo se ralentiza... Juan

se desploma en el medio de la calle. Anamari lanza un grito animal. Con la ayuda de un joven saca a su padre del tumulto. Juan está inconsciente.

Fran y Clara salen del aeropuerto de Carrasco en Montevideo, llevan las maletas en un carrito. Es un día soleado de primavera en Uruguay. Clara está sorprendida por la modernidad del aeropuerto nuevo que han construido, no estaba cuando salió del país rumbo a España. Se suben a un taxi y van contemplando las calles de Montevideo, la rambla, la gente. Fran hace fotos con su teléfono desde la ventana. Clara le confiesa que ante la pesadez de su madre con el tema de su soltería, le dijo que él era su novio. A Fran le divierte el engaño y se acerca a darle un beso, le dice que hay que ir practicando. Ella lo corta en seco. Por la radio del taxi, escuchan que quedan pocos días para que prescriban los crímenes cometidos por militares en la dictadura.

La puerta de una casa se abre y aparece Lilian, 70 años, la madre de Clara. Abraza a su hija y le da la bienvenida a Fran a la familia. Ha preparado una gran cena. Sentados a la mesa, Lilian quiere saber la opinión que tiene Fran de Montevideo y él, disfrutando de la comida, habla de la belleza de la entrada por La Rambla. Fran le pregunta a Lilian por la noticia que escuchó en el taxi. Ella le aclara que en unos días prescriben los crímenes que cometieron los militares en la dictadura y el Parlamento se tiene que apurar para derogar la ley de caducidad, una norma que impide juzgarlos. La Corte Interamericana de Derechos Humanos está apretando a Uruguay porque se considera que son violaciones a los derechos humanos y no pueden extinguirse. Clara no pronuncia ni una palabra, no durmió nada y está muy cansada. Travieso, Fran le da un "pico" y la trata de "mi amor", la invita a irse a dormir, él ya ayudará a su suegra a levantar la mesa. Clara seria, se despide y se va. Lilian está feliz de que estén allí, extraña mucho a su hija y para ella es una alegría conocerlo, está muy tranquila al saber que en España Clara tiene pareja. Lilian estuvo toda su vida sola y eso pesa mucho.

Fran entra a la habitación de Clara, ella está acostada en la única cama que hay. Fran se acuesta junto a ella, continúa la broma y sigue tratándola de "mi amor". Clara se da la vuelta y lo mira seria, se está pasando con la tontería. Fran insiste en que no sea arisca... si tienen problemas de pareja pueden ir a terapia. Clara se sincera, le cuesta mucho estar allí con su madre como para tener que soportar sus niñerías. Fran no entiende su actitud, su madre es muy dulce y hospitalaria. No se imagina qué pudo haberle ocultado para que estén tan distantes. Clara le suelta que nunca conoció a su padre porque abandonó a su madre cuando se quedó embarazada. Creció sin echarlo de menos y cuando tuvo veinte años quiso saber quién era, pero su madre se lo

negó. No quería contarle nada y tras mucho insistir le dijo su nombre: Vicente Pereira. Fue a buscarlo pero ya era tarde, había muerto dos años antes. Después de descubrir que su padre había muerto, su madre siguió sin hablar de él hasta el día de hoy. Clara se da media vuelta y cierra los ojos. Fran se acerca y le dice que lo siente.

Fran y Clara pasean por la Rambla. A Clara le hace feliz el reencuentro con la bahía de Montevideo y Fran le toma alguna foto mirando el horizonte. Llegan a un mercadillo de libros viejos y comienzan a ojearlos. Clara le pide al vendedor que le recomiende algún relato sobre la tortura en Uruguay. El hombre, entrado en años, le entrega "Pedro y el capitán", una obra de Benedetti sobre el diálogo entre un torturador y su víctima. Clara le cuenta que se está documentando para escribir una historia. El vendedor le dice que por las calles de Montevideo conviven las víctimas con los torturadores. Le señala a un anciano y le dice que puede ser un torturador o uno que sufrió la tortura, la mayoría de las familias uruguayas tiene una historia de un lado o del otro. Cuando salga la ley de caducidad "se va a armar"... el pasado vendrá como un verdugo a sacar cuentas. Clara le da las gracias y se va. Fran le tapa los ojos, ¿a que no sabe qué libro ha encontrado? Se lo muestra, es "Cuentos de amor, de locura y de muerte" de Horacio Quiroga, el libro con que se comunicaban Juan y Esther cuando estaban presos.

Fran y Clara llegan a Punta Carretas Shopping. Mientras Fran hace fotos de los arcos y fachadas de la antigua prisión de Punta Carretas, Clara le explica que la rehabilitaron y construyeron un centro comercial en su lugar. En esa prisión se produjo la fuga de 1971 en la que Juan y Esther colaboraron. Los dos calculan por dónde iba el túnel por el que se escaparon los presos y la casa por donde salieron. Se imaginan el sitio donde estaba la furgoneta de Juan y Esther esperando. Fran y Clara entran al centro comercial e intentan adivinar dónde estaban las celdas por las que pasaron los tupamaros ahora convertidas en tiendas. Fran cierra los ojos e imagina el lugar cuando era una cárcel. Los sonidos de los comercios actuales se funden con los ruidos de la prisión.

Fran y Clara visitan el Museo de la Memoria, creado para recordar a los que sufrieron, resistieron y lucharon contra la dictadura uruguaya. Pasean entre mamelucos grises con los números de los presos, puertas de celdas y objetos de los reclusos. Fran hace fotografías a todo y no puede reprimir hacer alguna foto a Clara paseando por el museo. Ella encuentra un dossier con el registros de todos los presos. Junto a él hay un joven emocionado que acaba de ver el número y nombre de su padre. Le comenta que todavía recuerda cuando iba a visitarlo a la prisión siendo un niño. La primera vez, su padre estaba junto a varios reclusos, todos

con la cabeza rapada y el mameluco gris, y no lo reconoció. Los milicos lo echaron y no pudo visitarlo. Entonces se aprendió el número de memoria, así lo reconocía cada vez que iba a verlo, buscando su número en el mameluco. Por eso le emociona tanto encontrarlo escrito. El muchacho se va. Fran y Clara se miran con complicidad, saben que esa historia también debe estar en su cómic. Buscan el nombre de Juan Muñoz y lo encuentran, figura con el número 800, cerca de él está el nombre de José Mujica, el actual presidente de Uruguay. Clara propone buscar a Esther en la lista de la prisión de mujeres. Encuentran tres Esther en el listado y como no conocen su apellido, Clara apunta los tres y las direcciones de las casas en que vivían. Fran llama a Juan para contarle que están en el museo viendo recuerdos de la cárcel.

Juan está acostado en la cama de un hospital, lleva un respirador y está dormido. Le han hecho una operación de corazón de urgencia. Pilar está a su lado, tomándolo de la mano. Le acaricia el rostro. Suena un teléfono móvil en la mesilla. Pilar mira en la pantalla y ve "Fran". Lo apaga y resopla. Una enfermera entra y le entrega una bolsita con algunas pertenencias metálicas de Juan, que le quitaron antes de la operación. Entre los objetos está el anillo de casados. Pilar toma la mano de Juan y se lo coloca. Le habla con palabras dulces, le dice que va a estar todo bien que se va a ir recuperando poco a poco, que ella lo va a ayudar como siempre lo hizo y que les queda muchas cosas por vivir juntos. Le habla de un viaje pendiente a Venecia. Lo besa en la boca y le dice que lo quiere.

Han pasado unos días, Juan está despierto y ya no lleva el respirador. Anamari le da de comer en la boca. Entra una enfermera, llama a Anamari a la puerta y le anuncia que hay una visita, una señora quiere ver a su padre. Ella le dice que no es posible, tiene que estar tranquilo tras el infarto. La enfermera se lo dijo a la mujer, pero ella insistió, ha venido desde Uruguay. Anamari sale y la ve esperando en una silla. Tiene alrededor de 60 años y es muy linda. Se acerca y se presenta como la hija de Juan, se disculpa por no hacerla pasar, le explica el estado delicado de su padre. La señora se excusa, no quiere molestar, se despide. Anamari la detiene, quiere saber quién es.

En la cafetería del hospital, la mujer se presenta. Se llama Teresa, es una doctora uruguaya que ha ido a Madrid a un congreso. Llamó al colegio donde trabaja Juan y le dijeron que estaba ingresado en el hospital. Es la primera vez que viaja a España, cree que el destino la llevó a ese lugar para poder contarle su historia a Juan... lleva con él una relación muy especial, desde hace muchísimo tiempo. En 1972 tenía 20 años y estaba muy preocupada por toda la situación de Uruguay. Quería meterse a luchar en la guerrilla de los

tupamaros pero su padre no la dejó, tenían muchos problemas en la familia y eso iba a ser un dolor de cabeza más. Un día estaba leyendo el periódico y se encontró con la noticia de que los militares estaban buscando a tres tupamaros. Teresa saca un recorte de la época y se lo enseña a Anamari. Aparecen tres jóvenes, uno de ellos es Juan. En el titular se lee: "Sediciosos buscados por acciones armadas contra el ejército". Anamari se queda atónita mirando la foto de su padre joven. Teresa continúa, ella sabía que cuando los agarraran los iban a destrozarse o hacer desaparecer. Por eso, aquel día se guardó la noticia y empezó a rezar por la vida de aquellos tres tupamaros. Desde entonces, todos los días pidió por esos hombres... era su forma de militar. Uno de ellos murió en la cárcel, del segundo nunca más supo nada, es un desaparecido, y el tercero es Juan. Hace tan solo un año le contó esta historia a un amigo ex tupamaro. Éste le dijo que Juan estaba vivo y residía en España. Teresa quiere conocerlo, para ella él forma parte de su vida. Aunque no se han visto nunca, la acompaña desde hace 40 años. Anamari está conmocionada, a su padre le va a gustar la historia.

Teresa habla con Juan en la habitación del hospital. El recorte del periódico con la cara de los tres tupamaros está sobre la cama. Juan está feliz con la visita de Teresa, ella pertenece a un ejercito de hormigas invisibles que hicieron todo lo que estaba a su alcance por tantos otros. Sin su ayuda incondicional, mucha gente se hubiera quedado por el camino. Le agradece tantos años de ruegos, quién sabe si sus plegarias lo ayudaron en su vida. Bromea que la operación ha sido un éxito gracias a ella y la bautiza como su ángel de la guarda. Teresa le pregunta cuándo fue la última vez que estuvo en Uruguay. Juan le contesta que sólo hubo una única vez, después de salir de la cárcel, nunca más regresó a Uruguay. Los dos se quedan en silencio... Teresa le confiesa que a ella le costó 40 años sentarse frente a él y contarle su historia. No es fácil hablar, pero alivia mucho. La vida le avisa a uno cuando es el momento de recordar. Teresa le habla de sus compañeros tupamaros que ya están retirados y viven juntos en la playa de Valizas (Uruguay), disfrutando del sol, los mates y la buena charla. Le echan mucho de menos y le envían muchos recuerdos.

Anamari observa la escena a través de la puerta de la habitación. Llega Pilar, quiere saber quién es esa mujer. Su hija le dice que es uruguaya y la tranquiliza, solo vino a saludarlo. Pilar, seguida de Anamari, irrumpe y se presenta como la esposa de Juan. Teresa se está yendo, se despide de todos y se va. Pilar está alterada, quiere saber quién es esa señora. Juan le dice que no la conocía de nada, vino especialmente de Uruguay a confesarle una historia. Pilar no le cree, se enfurece, no es tan tonta para tragarse ese cuento. A Juan le da risa la incredulidad. Cuanto más ríe, ella más se irrita... hasta que le pregunta si esa mujer es

Esther. Anamari le aclara a su madre que no se llama Esther, sino Teresa. Pilar se calla, respira hondo, y amenaza a su hija, que sea la última vez que deja entrar a alguien sin su autorización y se va.

Juan tranquiliza a Anamari, su madre está muy nerviosa y no debe hacerle caso. Hizo muy bien en dejar entrar a Teresa, eso le dio ánimos. Anamari le cuenta a su padre que vio el recorte del periódico y Teresa le habló de un Juan que ella no conoce. Él se siente con fuerzas para contarle, ha llegado el momento. Cuando su madre se quedó embarazada le hizo jurar que no le iba a hablar a su hija de su pasado en Uruguay y él obedeció. Anamari está desorientada, no imagina qué pudo haber hecho su padre para mantenerse en secreto... ella no es ninguna niña, sabe que estuvo luchando por unos ideales y que acabó en la cárcel en una dictadura donde hubo tortura, pero nunca preguntó nada porque no quería hacerle daño. Juan le dice que no se trata sólo de lo que le hicieron, sino también de lo que él hizo.

Él era un integrante del aparato militar de los Tupamaros, una organización que funcionaba como un ejército, allí había jefes que daban órdenes y uno las tenía que cumplir, le gustara o no. En esa época también funcionaba el Escuadrón de la Muerte, una organización secreta compuesta por militares, policías y políticos que torturaba y asesinaba a militantes de izquierda. Las muertes de estos jóvenes, que eran sus compañeros, fueron vengadas. Anamari le pregunta si mató a alguien. Juan le contesta que era una guerra y cosas que hoy parecen disparatadas, como estar dispuesto a morir o a matar, entonces eran normales. Ellos no pensaban en las consecuencias, sólo querían luchar por la libertad...

Montevideo 1972. Juan está esperando en una esquina oscura del barrio Sur. Lleva una granada de mano escondida en el bolsillo, transpira. Llega un hombre de unos 40 años y le pregunta si es Walter, Juan afirma. El tipo habla con rapidez, le cuenta que es un policía que integra El Escuadrón de la Muerte pero quiere desertar y huir del país. Ya no lo soporta, no puede dormir por las noches. Está dispuesto a decirle los nombres de algunos de los responsables. Necesita hablar con alguien. Le cuenta el caso de la detención de un estudiante... "Creo que tenía 18 años... les dije que no siguieran pero no me hicieron caso. Nosotros damos escarmientos, pero últimamente se nos estaba pasando la mano. Tenían un martillo y le reventaron todos los dedos. Hasta el final, dijo uno. Después del martillo el guri estaba inconsciente... y "pum", el balazo en la cabeza... A veces cuando camino entre la multitud me pregunto, ¿sabe la gente las cosas monstruosas que estoy haciendo?... me parece que se me nota en la cara. Anoche le dije a mi mujer que ese pibe para mí había sido el último. Yo quiero ser militar, no un hijo de puta".

Anamari escucha atenta el relato de su padre. El militar le dio los nombres de varios integrantes del Escuadrón de la Muerte. Días más tarde, los tupamaros habían preparado una acción armada brutal: en una sola jornada matar uno a uno a los miembros del Escuadrón. El comando de Juan recibió la orden, una dirección, una hora y un nombre. Él era el encargado de disparar. El día anterior fue muy difícil, no estaba convencido, sabía que si disparaba también se estaba pegando un tiro a sí mismo. Había cambiado la ideología por las armas y ya no había vuelta atrás. Pensó en apuntar mal y hacer creer a sus compañeros que fallaba. No pegó un ojo en toda la noche...

Montevideo 1972. Cuatro tupamaros esperan escondidos en la parte de atrás de una furgoneta. Juan lleva una metralleta junto a sus pies. El "objetivo" sale de una casa y el vehículo lo sigue despacio. Juan agarra la metralleta y apunta. Le tiemblan las manos, sus compañeros lo miran expectantes. La mirilla del arma oscila de un lado a otro... Juan dispara. Una ráfaga de proyectiles impacta en el blanco que se desploma. La camioneta acelera y se pierde entre las calles.

Anamari está emocionada. Juan afirma que ahora ya sabe la verdad y espera que lo comprenda. Su hija quiere saber si se arrepiente de lo que hizo. Él está arrepentido de haberle quitado la vida a un ser humano... aunque lo merecía, pero nunca arrepentido de su vida y de su militancia. Ya ha pagado su condena, estuvo trece años preso y en unas condiciones muy crueles. Anamari está de acuerdo, con el Estado ya ha cumplido pero, ¿se ha perdonado a sí mismo? Juan le confiesa que le costó mucho, no podía sacarse de la cabeza la muerte del milico, pero al final lo logró. Fue gracias a un gran compañero en la prisión, el Maestro Sosa, que le inculcó la pasión por las matemáticas...

Penal de Libertad, 1975. En la prisión, Juan entiende que si uno no se inventa un mundo paralelo se viene abajo. Las matemáticas son el mundo que hace que Juan salga adelante. Los números son sus compañeros de celda, los que le llenan las horas de vida en la cárcel, los que lo ayudan después de la tortura. El Maestro Sosa es su vecino de calabozo, un matemático brillante que lo ayuda con el aprendizaje, planteándole problemas cada vez más complejos. Unos días antes de irse a La Isla, un tenebroso recinto aislado donde uno era enviado a cumplir arrestos disciplinarios, el Maestro Sosa le plantea un problema. Trata sobre presos con sombreros blancos y negros. Si los presos adivinan el color de su sombrero se salvan y si no, son ejecutados. Juan se lleva el problema a La Isla y durante quince días lo trabaja haciendo rayones con una piedra en el suelo de cemento. Es su mundo paralelo que le ayuda a resistir.

A la salida de La Isla, Juan le cuenta la solución al Maestro Sosa. La clave está en que el último de la fila, que es el primero que habla, debe contar todos los sombreros de un color para saber si son pares o impares. Según el resultado contesta. De esta manera, los demás presos, tienen una información para poder saber de qué color es el suyo. Con esta solución se salvan todos los presos menos el primero que habla, que tiene un cincuenta por ciento de posibilidades. La gran enseñanza que le da El Maestro Sosa, es que a veces para salvar a los demás hay que pegarse un tiro a uno mismo. Y eso tuvo que hacer Juan cuando mató al milico del Escuadrón de la Muerte. Un sacrificio individual que tuvo que cumplir por una causa, una lucha social de la que estaba totalmente convencido. Con aquella enseñanza, la pesadilla de la muerte del torturador deja de perseguirle.

Anamari entiende que las matemáticas que salvaron a su padre también la ayudaron cuando era pequeña. Recuerda que cada vez que tenía un problema venía Juan con un juego matemático para animarla, así ella también se enamoró de ese mundo. Anamari no puede seguir hablando, se reconoce en Juan pero tiene sentimientos encontrados. No comparte la idea de utilizar las armas para conseguir algo. Le duele pensar que su padre ha sido capaz de matar a sangre fría. Una vida es una vida. Sale de la habitación temblorosa.

Clara y Fran se acercan a una casa en el barrio residencial montevideano de "El Prado", la dirección de una de las Esther que habían encontrado en la lista. Llamaron a la puerta y abre un señor. Ellos se presentan, buscan a Esther Minguela, que vivía en esa casa hace 25 años. Él les dice que ya no vive allí. Clara insiste, intenta sacar alguna pista. El hombre les aclara que murió antes de que ellos compraran la casa, por lo visto se suicidó.

Clara presiente que la Esther que se suicidó no era la de Juan y propone continuar investigando. Llegan a una casa del barrio "La Teja", los recibe una señora de 63 años que se presenta como Esther. Clara le cuenta que están documentándose para contar una historia y que buscan a una tupamara que estuvo presa. Ella no quiere hablar de lo que pasó en el penal. Fran quiere saber si ella era la mujer de Juan Muñoz, un tupamaro español. Esther dice que no lo conoce, se disculpa y cierra la puerta. Ellos se quedan con la inseguridad de que sea ella.

En una casa del barrio de "Pocitos", Fran y Clara llegan a la última dirección que obtuvieron en el Museo de la Memoria. Los recibe un joven de 21 años que llama a su madre. Esther, 62 años, sale y los escucha, pero no quiere hablar del tema, es una etapa de su vida que prefiere no recordar. Fran le muestra dibujos del proyecto, quieren contar la historia de un tupamaro, Juan Muñoz. Al escuchar

el nombre, Esther se pone nerviosa. Fran le muestra la portada del cómic, donde se lee: "Walter". Esther quiere saber si Juan les ha hablado de ella...

En el salón de la casa, Esther confiesa a Fran y Clara que hasta hace muy poco tiempo no ha podido hablar de nada de lo que pasó en aquella época. Ha hecho terapia y ha podido entenderlo racionalmente, pero todavía no ha logrado sentirse bien. Clara recuerda que Juan les contó que planeaban huir juntos del país antes de que lo detuvieran. Esther confirma que la noche anterior tenía un miedo irracional, algo más que una intuición...

Puerto de Montevideo, año 1972. Esther, 22 años, espera en el muelle con pasaportes falsos y una pequeña maleta. El tiempo pasa y el barco que los llevaría a Buenos Aires parte, pero ella tiene una fe infinita en Juan y está dispuesta a esperar todo el tiempo necesario. Al atardecer, antes de que zarpe el último buque, una compañera llega al muelle con la noticia de que han capturado a Juan.

Esther les cuenta a Fran y Clara que decidió no irse del país sin Juan, y al mes siguiente cayó presa. Con delicadeza, Fran le pregunta por su estancia en la cárcel, por la tortura que sufrió. El año pasado pudo hablar con su hijo por primera vez pero sin contarle los detalles, esos que están en los libros o en las películas. Ella sufrió todo: picana, plantón, violación... pero eso no fue lo peor...

Esther con mameluco gris y encapuchada es llevada desde su prisión a un cuartel. "Tenía mucho miedo, no sabía si volvería con vida". La meten en una sala con un espejo, por donde se ve otra habitación, y le quitan la capucha. Allí entra a empujones un hombre con la cabeza tapada, sucio, flacucho y con las manos quemadas. "Lo reconocí enseguida, era Juan". Uno de los milicos le mete la cabeza en un balde gigante de agua, los otros lo sujetan y le dan patadas. El torturador apodado "El Angelito" está junto a ella, le echa el aliento en la cara y le pregunta si conoce al preso, pero Esther no contesta. "Es mi amor, lo están reventando, pero no puedo decir nada, aguantándome en silencio, mordiéndome la lengua". Los milicos mantienen la cabeza de Juan en el agua, mientras él patalea. Lo van a matar. Esther no soporta más y grita, "¡basta, paren, paren, basta!"... está dispuesta a dar información.

A Esther le cuesta seguir hablando a Fran y Clara. Ver sufrir a quien amas es más duro que sentirlo en tus carnes. Alguna noche, después de tantos años todavía escucha los gritos desgarradores de Juan. Ellos están paralizados, no saben qué decir. Esther continúa con el relato...

Esther, bien maquillada y con el pelo recogido, espera sentada. Frente a ella un cristal, a través de el que se ve una habitación con sillas. Llega Juan, viste el mameluco gris. La mira incrédulo pero está feliz por el reencuentro. Hay un teléfono para comunicarse. A Esther no le salen las palabras, Juan tampoco dice nada. Ella, casi en susurros le dice que no aguantó más, que la destrozaron, todos los días la iban a buscar, cada vez era uno diferente... Juan le pide que no hable más y Esther llora. Juan le canta bajito su canción de cuna: "tum bala tum bala tum balalaika, tum bala, tum bala, tum balalaika..." Su llanto no para, pero a medida que Juan sigue cantando, ella se va calmando. Esther lo mira fijo a los ojos y le dice que colabore con los militares, que les dé información. A Juan le cambia el gesto de la cara, se queda inmóvil en silencio. Ella insiste, es la única manera de que lo suelten y puedan escapar juntos. Juan niega con la cabeza una y otra vez... cuelga el teléfono y se va. Ella se queda temblando. El teléfono se desliza de sus manos y se cae al suelo. En ese instante comprende que lo ha perdido para siempre.

Esther les cuenta a Fran y Clara que puso a Juan en un callejón sin salida, nunca debió proponerle que traicionara su lucha. Antes que ella estaba la revolución, eso la jodió muchísimo. Más tarde lo comprendió y se enojó consigo misma por haber cometido aquel fatal error. En ese momento lo hizo porque no se podía quedar con la espina clavada. Ese mismo día se tomó un autobús y se fue a Brasil. Esperó y esperó, hasta que acabó la dictadura, y regresó a Montevideo a buscar a Juan...

El 14 de marzo de 1985 una multitud inunda las calles de Montevideo con pancartas a favor de la libertad. Esther se mueve entre el tumulto buscando desesperada. De repente, ve como llega un furgón y la gente se agolpa a sus puertas. Varios presos bajan destrozados, aturcidos por el gentío y la extraña libertad. Las familias se abrazan, son años de espera. Entre ellos Esther reconoce a Juan. No tiene a nadie que lo espere. Ella consigue sortear a la gente y finalmente llega hasta él. Juan está como un fantasma, Esther lo abraza pero él no responde, está bloqueado. Ella le pide perdón al oído una y otra vez. Él no puede pensar. Esther le dice que es su amor, ya ha pasado la tormenta y están juntos otra vez. Juan le dice que no hay futuro, hay demasiado dolor entre ellos dos. Esther no sabe cómo reaccionar. La masa los empuja y los va alejando poco a poco. Esther lo pierde de vista.

Fran y Clara están atónitos. Ese fue el último día que Esther vio a Juan. Estaba devastado y solo. No tenía sitio a donde ir ni documentos. Y sus amigos, los que salieron de la cárcel, estaban igual que él. Por eso volvió a España. Ella estuvo enojada consigo misma durante muchos años, era la

culpable de la separación, lo había arruinado todo. Era una guerra, tenía 20 años y tuvo muchas equivocaciones. Ahora tiene 62 y ya se perdonó por todo. Las palabras de Esther son interrumpidas por su hijo que apremia a su madre, han quedado para salir.

Junto con varias compañeras, Esther ha preparado una denuncia por las torturas que sufrió en la cárcel. Están esperando que se anule la ley de caducidad para presentarla a los tribunales. Antes de despedirse, Clara le pregunta si le gustaría volver a ver a Juan. Con lágrimas en los ojos, Esther no contesta. Fran le muestra la foto que se hicieron juntos con el teléfono en la casa okupa. Ella se acerca la pantalla muy emocionada... lleva 25 años sin ver su rostro. Les confiesa que Juan la llamó hace poco, escuchó su voz, pero no fueron capaces de hablar.

Juan está semiacostado en la cama del hospital. Tiene mejor aspecto. Está con Alfonso, que habla sin parar, le comenta que ya tiene todo arreglado para que se reincorpore a dar clases. Juan lo escucha sin prestarle mucha atención. Entra Anamari que saluda a su tío, lleva un pequeño paquete. Alfonso se despide y se va. Anamari le entrega el paquete de correos y se dispone a marchar. Cuando Juan ve que el paquete viene de Uruguay le pide a Anamari que se quede, que quiere abrirlo con ella. Es un libro, "Cuentos de amor de locura y de muerte" de Horacio Quiroga. En su interior una nota: "Un beso desde Uruguay, Fran y Clara". Juan se emociona y le pide a su hija un lápiz, busca una hoja del libro y anota una secuencia numérica. Le dice a Anamari que todavía falta algo por contarle...

Mientras Clara cocina, su madre se acerca, quiere saber cómo se siente con su vuelta a Uruguay. Ella contesta con monosílabos. Lilian quiere saber si le pasa algo, y su hija le pide que la deje tranquila. Lilian no está dispuesta a dejarlo pasar, quiere saber hasta cuándo la va a tratar así, cuándo la va a perdonar, ya la ha castigado suficiente... no se merece ese desprecio. Clara rabiosa, le dice a su madre que no se queje, que ella cambiará su actitud el día que su madre se decida a "abrir la boca". Lilian harta de la insolencia de su hija, agarra un plato y lo tira al suelo. Gritando, la desafía a que le pregunte lo que quiera de su padre, basta de secretos. Clara quiere saber por qué su padre abandonó a su madre cuando estaba embarazada. Lilian le pide a su hija que se siente y se sincera...

Montevideo, 1976. Vicente, el padre de Clara, "era un médico que trabajaba en el Hospital Militar, un tipo serio y de pocas palabras, algo que me enamoró en un primer momento, pero que después se transformó en un misterio. Yo trabajaba de enfermera y llegó a mis oídos información de mi entorno que decía que Vicente colaboraba con la tortura. Mantenía a

los presos vivos para que les pudieran seguir dando palizas. Tu padre no quería tener hijos, me lo tenía prohibido, no era momento para eso, además no estábamos casados. Cuando quedé embarazada lo mantuve oculto, tenía miedo de que Vicente hiciera algo contra mí. Fue entonces cuando decidí dejarlo todo y escaparme al interior del país. Allí, en una casita en medio del campo, naciste vos. Viví escondida varios años ocultándome para que Vicente nunca se enterara de que había sido padre".

Clara no sale de su asombro, quiere saber si su madre confirmó esa información o solamente creyó en los rumores. Lilian le repite que tuvo que huir, que tenía miedo, él nunca hubiera permitido que siguiera con el embarazo. No eran sólo rumores, ella se había dado cuenta de que Vicente estaba en algo extraño... *Un día llegó a su casa por la madrugada y lo descubrió en el baño quitando manchas de sangre de la camisa. A partir de entonces, todos los días pasaban cosas raras, el teléfono sonaba a altas horas de la noche y él salía a cualquier hora.* Lilian confiesa a su hija que Vicente nunca se enteró que había sido padre. Le ocultó la verdad para protegerla, no quería que supiera que era un monstruo. Además tenía miedo de represalias si él se enteraba que tenía una hija. Fue un calvario durante muchos años. Clara quiere saber si lo volvió a ver y Lilian lo niega, se enteró de su muerte por ella, y a partir de ese momento pudo respirar en paz. Le pide perdón, siente haberse equivocado ocultándole la verdad pero todo lo que hizo fue pensando en ella. Clara le pregunta si se parece en algo a su padre. Lilian, con el rostro lleno de lágrimas, le dice que tiene sus mismos ojos.

Pilar llega al hospital y recorre el pasillo hasta la habitación de Juan. Entra despacio y descubre la cama vacía. Revisa los armarios y el resto de la habitación pero ya no queda rastro de su marido.

Frente al ordenador de su despacho, Juan llama por videoconferencia a través de Internet a Fran y se ven las caras emocionados. Juan muestra el libro que le han enviado, "Cuentos de amor, de locura y de muerte" y le da las gracias. Fran quiere saber si ha descifrado el mensaje que le puso Esther. Juan no contesta y cambia de tema. Hace unos días estuvo convaleciente, ingresado en el hospital, pero ya está mejor, con energías otra vez. Tantas, que ha decidido viajar a Uruguay. Fran se alegra por la noticia, además es buena época, el país está muy caliente por la posible anulación de la ley de caducidad. Juan le pregunta por Clara. Fran le confiesa que están fingiendo que son pareja delante de su madre, porque ella se lo ha pedido. Juan le advierte que eso de fingir ser pareja es peligroso... Le pregunta por el cómic y Fran contesta que ya no se va a titular "Walter", sino "Detrás del cartel". Explica que en

la Historia siempre hay un gran cartel publicitario, que muestra a los protagonistas, los líderes, los héroes. Pero ellos lo que quieren contar son las vidas de los que están detrás del cartel. El tejido invisible que hay tras una revolución, los que nunca tendrán una estatua pero que son imprescindibles para salir adelante. No quieren volver a contar la historia desde el punto de vista de un único héroe. Juan está de acuerdo, conoce a miles de héroes anónimos y ellos merecen un homenaje. Fran le muestra uno a uno los dibujos de los protagonistas del cómic: los familiares de los presos, los colaboradores, los clandestinos, los desaparecidos, los exiliados... y las mujeres que eligen el amor antes que la revolución. Fran llega al último dibujo, es Esther. Le pregunta si la reconoce. Juan queda estupefacto no puede hablar. En ese momento Pilar irrumpe en el despacho de Juan, está alterada porque ha salido del hospital sin tener el alta. Juan corta la conexión con Fran.

Fran está perplejo, la comunicación con Juan se ha cortado. Clara entra abatida con los ojos rojos, él la mira asustado quiere saber qué le pasa. Clara le pide que la abraza, Fran la envuelve en su brazos. Clara ya sabe la verdad de su padre y es horrorosa, trata de hablar pero no puede. Fran la va calmando y comienza a besarla con lentitud en el cuello, ella se deja seducir. Los besos de Fran llegan hasta la boca de Clara.

En el colegio Monte Blanco, el alumno Prieto escribe la palabra "asesino" con letras grandes en el medio de la pizarra. Un compañero se lo reprocha, pero él confirma que lo ha visto en Internet. Un compañero le avisa que viene el profesor. Prieto se sienta rápido en su sitio. Juan entra al aula y saluda a sus alumnos. Se da cuenta del término escrito, pero no dice nada. Saca sus apuntes y escribe ecuaciones en la pizarra alrededor de la palabra. El alumno Prieto le pregunta si no va a borrar. Con toda tranquilidad, Juan contesta que hay espacio suficiente para escribir. Continúa y la llena de cuentas. Al acabar, se sienta en su escritorio y pide que las resuelvan. Un joven se levanta con una hoja en la mano y se la entrega, ha solucionado el problema de los presos y los sombreros. Ha salvado a todos menos a uno. Juan lo mira, esboza una pequeña sonrisa y lo felicita. Los alumnos siguen trabajando, algunos se ríen, otros serios, el tiempo pasa. Suena el timbre, Juan recoge sus cosas y se va. Los chicos se levantan y van saliendo del aula. Al rato entra Alfonso exaltado, va directo a la pizarra y borra la palabra "asesino" con desesperación. Algunos alumnos que siguen en la clase se lo quedan mirando. Alfonso les grita que salgan, el timbre ya ha sonado.

Esa misma tarde, Juan hace una maleta en su habitación, encima un sobre con los dibujos de la cárcel. Anamari entra

y se sienta en la cama, quiere saber si su padre está seguro de irse a Uruguay. Juan se detiene en lo que está haciendo y se sienta junto a ella. Le cuenta a su hija que últimamente se le ha aparecido Walter y se le ha sentado en los hombros, aplastándole con sus recuerdos. Se ha instalado dentro de él, le habla en uruguayo día y noche y no lo ha dejado en paz. En la piel de Walter se hizo hombre adulto y empezó a envejecer. Hizo sus mejores amigos y aprendió mucho de otros presos pero también de sí mismo. En el cuerpo de Walter pasó castigos, dolores, locuras y depresiones. Fue testigo de actos de amor y solidaridad protagonizados por hombre que estaban igual que él, privados de todo. Y fue Walter y no Juan quien se enamoró de las matemáticas. También le confiesa a Anamari que le gusta más "el otro". Desde lejos ve a los dos y se queda con Walter, tan antiguo, tan perseguido, pero tan lúcido. Anamari abre el sobre con los dibujos y los observa, se detiene en uno de una mujer. Le pregunta si es Esther, él asiente. Le dice a su hija que está al final del camino, por eso ha tomado la decisión de ir a Uruguay, porque todavía le queda aliento para intentarlo.

En el pasillo de su casa, Juan espera el ascensor con la maleta en la mano. Se abre la puerta y sale Pilar, que lo mira asombrada, quiere saber a dónde va. Él le explica que marcha a Uruguay. Pilar, interponiéndose en la puerta, lo trata de loco, pero él está más cuerdo que nunca. Ella está indignada, estuvo mucho tiempo cuidándolo y no entiende cómo le paga de esa manera. Juan, manteniendo la calma, le agradece todo lo que hizo, pero la decisión ya está tomada. Le pide que se aparte. Pilar no lo deja subir al ascensor, no se va a ir a ningún lado. Juan se da media vuelta, en una mano lleva la maleta y con la otra agarra la baranda de las escaleras con fuerza, respira hondo y comienza a bajar. Pilar le grita que no puede hacer esfuerzos, que se quede, le recuerda que está recién operado del corazón. Juan baja poco a poco. Por detrás, Pilar lo sigue acosando. Levantando la voz, le recuerda que estuvo noches desvelada aguantando sus pesadillas, sus paranoias, sus miedos, era un despojo humano y ella le juntó los pedazos. Juan se detiene, respira hondo, está agitado por el esfuerzo. Pilar, en un ataque de cólera, le increpa que no se puede ir a Uruguay, al lugar donde se llenó de mierda, su corazón no lo va a soportar. Juan está sudando, toma aire y sigue su descenso. Pilar le dice que nunca la ha querido de verdad, siempre fue una sombra junto a él. La usó para sacarse los fantasmas de adentro y ahora la abandona. Le pregunta si se va a encontrar con "la otra". A Juan le cuesta respirar, otra vez se detiene en un descansillo. El corazón le va a mil por hora. No puede más y se sienta en un peldaño. Pilar le anima a tomar aire, a descansar. Mientras aprieta el botón de llamada del ascensor. Pilar le dice que no ha sido nada, ya ha pasado todo, ahora pueden subir a casa a descansar. Le

intenta agarrar la maleta pero él se resiste. Juan habla en susurros... "Yo sí te he querido, todavía te quiero, pero tengo que irme. Walter quiere salir, volvió, y ese también soy yo... le tiramos un saco de arena encima pero fue inútil... lo convertimos en un fantasma de compañía pero no es un fantasma, es mi pasado, es mi vida. El momento de olvidar ya ha terminado, ahora es tiempo de recordar". Se llena de aire los pulmones, exhala y sigue bajando. Destrozada, Pilar se sienta en el peldaño en que estaba Juan. Él llega a la planta baja y sale del edificio. El aire de la calle le devuelve el aliento. Anamari espera junto al coche, llega su padre y colocan la maleta en el maletero. Desde dentro del portal, Pilar ve cómo Anamari y Juan se meten en el coche y se van. Juan se quita el anillo de casado y se lo mete en el bolsillo. Anamari le pregunta a su padre si van al aeropuerto, Juan dice que todavía no, necesita hacer una cosa antes de marcharse.

Fran y Clara esperan en la zona de llegadas del aeropuerto de Montevideo. Tienen las manos entrelazadas. Se abren las puertas mecánicas y aparece Juan empujando una maleta. Se le ve feliz. Los tres se abrazan.

Clara conduce un viejo coche por las afueras de Montevideo. En el asiento del copiloto, Juan observa la ciudad. Edificios modernos, mezclados con chabolas y restos del Uruguay que él conoció. Un graffiti cubre un gran muro "Anular la ley de caducidad ya". Juan les advierte que se dio cuenta que están juntos, esas cosas se ven por más que uno las quiera esconder.

Los grandes pastos dejan paso a los palmerales y el coche atraviesa el paisaje uruguayo rumbo a Valizas. Juan quiere conducir e intercambia el puesto con Clara. Baja la ventanilla, el viento le golpea la cara, su sonrisa es de oreja a oreja, el brillo en los ojos es grandioso.

Pilar abre las puertas de su galería, enciende las luces del salón de exhibición. Descubre que en las paredes están pegados los dibujos de la cárcel de Juan. Pilar llora, los observa, se acerca y los toca. Se seca las lágrimas y respira hondo.

El coche con Juan, Fran y Clara llega a Valizas, un pueblo rodeado por dunas, bosque y mar. Circula entre las viejas casas de madera de los pescadores. Aparca frente a un rancho, en cuya puerta tres hombres toman mate sentados jugando a las cartas. Se ponen de pie y reciben a Juan con gran efusividad. Uno de ellos le dice al oído que hace mucho tiempo que lo estaba esperando. Juan hace las presentaciones, "El Maestro Sosa", "El Lagarto Pazos" y "El Ruso Rodrigo", y presenta a Fran y Clara como su escolta, todos se ríen. Entran al rancho.

Juan entra al salón y los demás se quedan un poco más atrás conversando. Dentro hay una mujer de espaldas mirando por una ventana, Juan se detiene y la observa, ella nota la presencia y se da la vuelta. Se quedan mirando desde lejos. Él se acerca con decisión hasta quedar a tan sólo unos centímetros. Juan le pasa la mano por el rostro recorriendo cada una de sus facciones. Esther siente un inmenso placer y le dice que ha pasado mucho tiempo, ya están viejos... "pero estamos vivos" responde Juan. El abrazo llega, es intenso y doloroso, Esther le susurra "mi amor" al oído y él, con otro suspiro, "hay tiempo...". Fran y Clara miran la escena emocionados desde la puerta.

Juan, Esther, Fran, Clara y los demás ex tupamaros están sentados frente a un televisor. En la pantalla, el Senado del parlamento uruguayo está votando la anulación de la ley de caducidad. Los parlamentarios levantan la mano, la ley se aprueba por 50 votos de 90 y el presidente de la cámara anuncia la imprescriptibilidad de los delitos de la dictadura. En los palcos del parlamento hay gente gritando: "se va acabar, se va acabar la impunidad en Uruguay". En Valizas todos se abrazan. Juan está emocionado, le da un fuerte abrazo a Fran y Clara y les agradece por todo el camino que le hicieron recorrer. Después abraza a Esther.

En una vieja sala de una casona sobre la playa de Valizas, Juan da clases de matemáticas a unos cuantos adultos. Explica nociones básicas. Por una ventana de la habitación se asoma Esther, Juan la mira y sonrío, deja a sus alumnos con un problema y sale de la estancia. Juan y Esther caminan por la playa abrazados.

Sobre una mesilla, vemos el libro "Cuentos de amor, de locura y de muerte" de Horacio Quiroga abierto por una página donde están anotados los códigos numéricos y el mensaje descifrado: "Siempre te esperaré". La imagen se transforma en un dibujo de cómic.

FIN